

1er Coloquio Internacional Dialéctica de la Desigualdad. Aproximaciones a la reproducción y reducción de múltiples asimetrías. Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa, Ciudad de México, 2024.

Capacitismo, neurodivergencia y afectividad. Notas desde una antropología crip de las opresiones-resistencias.

Vargas García, Berenice.

Cita:

Vargas García, Berenice (2024). *Capacitismo, neurodivergencia y afectividad. Notas desde una antropología crip de las opresiones-resistencias. 1er Coloquio Internacional Dialéctica de la Desigualdad. Aproximaciones a la reproducción y reducción de múltiples asimetrías. Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa, Ciudad de México.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/aberenice.vg/20>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pxv9/92B>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

1ER COLOQUIO INTERNACIONAL DIALÉCTICA DE LA DESIGUALDAD.
APROXIMACIONES A LA REPRODUCCIÓN Y REDUCCIÓN DE MÚLTIPLES ASIMETRÍAS
13 y 14 de marzo de 2024 UAM-Iztapalapa

Capacitismo, neurodivergencia y afectividad.

Notas desde una antropología crip de las opresiones-resistencias

û

Berenice Vargas García¹

berenice.vargs@gmail.com

Me gustaría iniciar con una cita de las hermanas Aph Ko y Syl Ko, intelectuales afroestadounidenses, antirracistas y luchadoras por la liberación animal:

Existe una tendencia realmente opresiva de hablar a través de nuestra disciplina, incluso cuando estamos abordando algo tan básico y sentido como la (nuestra) opresión/explotación. Si no podemos presentar estos daños o agravios en forma de proyecto de investigación (uno que, además, contaría con el respaldo y apoyo de asesores y de nuestra cátedra, claro) o en un lenguaje académico apropiado, entonces tenemos miedo de hablar de ellos, miedo de hacer algo al respecto o miedo de que no sean lo suficientemente importantes como para gastar energía hablando de ellos. Nuestras mentes están siendo disciplinadas para que se ajusten a las líneas y los contornos fabricados que se trazan en el mundo académico y que separan unos campos de otros [lo académico de la viva vivida y sentida]. Esto oscurece qué situaciones califican como “problemas legítimos” y cómo podemos actuar sobre ellos (Ko y Ko, 2019, p. 52; traducción mía).

*

En un coloquio como este, asumimos que para venir a hablar de desigualdades debemos hacerlo en el lenguaje académico apropiado, es un consenso, un acuerdo no dicho en voz alta.

¹Doctora en Antropología. Profesora Curricular en la Licenciatura de Antropología Social de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa y Profesora de Asignatura en la Licenciatura de Etnohistoria de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Forma parte del GT *Estudios Críticos en Discapacidad*-CLACSO, es colaboradora en el *Cultural Autism Studies of Yale* (CASYS)-Yale University, y es integrante de *Afroindoamérica. Red Global Antirracista*.

Pero lo sabemos. El día de ayer, se vertieron algunos comentarios en torno a la perspectiva interseccional para el estudio de las desigualdades y opresiones; una estrategia surgida “académicamente” a través de plumas como la de Kimberlé Crenshaw y Patricia Hill Collins. Pero que tiene sus antecedentes en la vida vivida y sentida de mujeres negras, esclavizadas (como Sojourner Truth, a finales del siglo XIX) o de chicanas, tercermundistas, lesbianas, proletarias... como las integrantes de la Colectiva del Río Combahee.

Quizá no de forma unánime, pero ya se ha venido discutiendo críticamente la pertinencia analítica de la interseccionalidad. Una de esas críticas tiene que ver precisamente con lo acá discutido, sobre el “layerismo” o el “apilamiento” de opresiones/desigualdades, que confiere una suerte de autoridad moral a quien logre acumular más sobre su espalda. Estoy de acuerdo con este señalamiento, pero lo cierto es que, al menos en el campo académico, esa pila de opresiones puede otorgar autoridad moral pero no necesariamente autoridad epistémica. De hecho, quienes son atravesadas por más estocadas de desigualdad suelen ser los “sujetos de estudio” predilectos.

*

Tema aparte, para mí, uno de los principales inconvenientes con la interseccionalidad tiene que ver más con la metáfora que usamos para nombrar las opresiones y los privilegios de una persona o un grupo. Esa metáfora visual de líneas rectas que se entrecruzan, que cortan y dividen: seccionan en múltiples partes una existencia que, en el plano afectivo, terrenal, cotidiano, se siente como un todo y no por partes. Se trata de una representación bidimensional de la desigualdad, donde el problema no es diseccionar microscópicamente todas las opresiones que nos cruzan, sino cómo hacemos para volver a unirlos sin que se nos escape o se nos pierda alguna astilla.

Como las hermanas Ko, yo prefiero pensar en términos de multidimensionalidad de la opresión, como una sola anatomía que se expresa en dimensiones/caras distintas; que esas caras dan forma a cuerpos/figuras de múltiples y diversos tipos. Que en la vida mundana están enredadas, perdidas, des-ensambladas; y que quien analiza se mete a la tarea de reensamblar; de tejer apariencias de ordenamiento. Ordenamientos que siempre son arbitrarios, ficticios: figuraciones, como diría Donna Haraway.

Inicié con estos comentarios porque no quiero que se malinterprete mi reflexión de hoy. Hablar de capacitismo y neurodivergencia no es añadirle más líneas a la lista de desigualdades y sumarle variables extra. Prefiero pensarlo como nombrar ciertas caras/dimensiones con otras palabras, términos que nos posibiliten prestarle atención a diferentes intersticios; y, especialmente, que puedan ayudarnos en la tarea de estudiar esta anatomía de la opresión como un todo. Lo que redundo, claro, en la urgencia de articular luchas y esfuerzo colectivos para deconstruirle. Como diría Gregory Bateson: es un esfuerzo por hallar la pauta que conecta.

*

Antes que todo, ¿qué es el capacitismo? Solemos pensar que se refiere a la discriminación hacia las personas con discapacidad; o a la opresión que viven las personas con discapacidad. Eso es cierto a medias. La cuestión es que, como cualquier otra lógica opresiva, se trata de algo estructural que se expresa también en lo cotidiano; que no es necesariamente consciente y que, muchas veces, es más bien afectivo: se trata de una respuesta a lo que otros nos provocan con su diferencia. Autoras como Talila Lewis (entre otros nombres más), nos invitan a pensar al capacitismo como un sistema opresivo que atraviesa a cuerpos de muchos tipos, sean o no sean “estrictamente discos” —si es que esa expresión tiene sentido—.

Este sistema opera a través de la llamada “ideología de la normalidad”, que marca a ciertos cuerpos-mentes como correctos, normales, deseables, sanos, productivos, inteligentes, completos, CAPACES. El resto, son abyectados a un espacio de sospecha, de desagrado, menosprecio, inferiorización, tutelaje. Devienen entonces en discapacitados o incapacitados porque se les mide a partir de su déficit, su falta de *algo* que les permita ser humanos-plenamente-humanos: normales, sanos, completos.

Pensemos en el racismo. Una lógica que clasifica a la especie humana en función de características arbitrarias (y consensadas hegemónicamente) como el color de la piel; la forma del cabello; el tamaño de los genitales, los labios o la nariz. Un ordenamiento jerárquico que coloca a un grupo en la cúspide de la superioridad, siendo modelo y medida para el resto. Bajo esta lógica, las personas no-blancas —especialmente, las signadas como negras— se consideran *menos capaces*: por supuestamente ser menos racionales, menos civilizados, menos capaces de controlar sus instintos, menos inteligentes.

Pensemos en el cisheterosexismo: las mujeres y personas feminizadas se ficcionan como menos capaces: de labores intelectuales, de fuerza física, de objetividad, de autocontención emocional, de capacidad analítica y demás. O en el especismo, a partir del cual asumimos que la supuesta carencia de conciencia, racionalidad, lenguaje hablado o pulgares oponibles es explicación suficiente para la explotación de otras muchas y múltiples criaturas, a las que nombramos “animales”, cuando todo lo que tienen en común entre sí para ser arrojadas a esa categoría es que no son humanas.

Y se ha animalizado también a mujeres y personas feminizadas, personas no-blancas, locas, empobrecidas, discapacitadas. De ahí que comprendemos la inferiorización de los otros como un proceso de subhumanización.

*

Desde luego, los análisis del capacitismo han tendido a estar más centrados en las experiencias de personas con discapacidad: qué tipo de desigualdades específicas les atraviesan (de acuerdo al tipo y modo de discapacidad presente: motriz, sensorial, intelectual, psicosocial, visible, no visible, permanente, crónica, temporal...). Y de forma más extendida, se detienen en las discapacidades que nuestro imaginario social tiene más interiorizadas como tales. En esta ocasión, quiero adelantar algunas reflexiones en torno a discapacidades-otras, que más bien hacen parte de eso que se ha teorizado como “crip/lisiado”.

Rápidamente: desde mediados de la década de 1990 comenzó a tejerse colectivamente una crítica hacia la “ideología de la normalidad” y a lo que más adelante Robert Mc Ruer ha llamado “integridad corporal obligatoria”. Es decir, lo que hegemónicamente se ha entendido como “cuerpo normal”: sano, completo, con todos sus miembros y todos sus sentidos y su mente “funcionando correctamente”. Desde algunas comunidades abyectadas, especialmente la de personas adultas autistas, se inició un señalamiento al violento proceso de dispositivos médicos y sociales que ficcionaron una homogeneidad de mentes-cuerpos-cerebros-sistemas nerviosos, y que definió a algunos como “correctos” y a otros como “deficientes” y necesitados de disciplinamiento —en términos foucaultianos—.

De estas reflexiones surge la propuesta de *Neurodiversidad* o *Diversidad Neurológica*, que se expresa en tres vías:

- 1) Afirmando la variabilidad infinita en que se expresan los funcionamientos neurocognitivos y afectivos de nuestra especie (y de otras especies más, atravesadas también por el capacitismo);
- 2) Reconocer esta diversidad como un nuevo paradigma en los acercamientos teóricos, académicos, médicos y pedagógicos;
- 3) Afirmar esta diversidad en un movimiento social de escala global que lucha por los derechos de todas aquellas personas etiquetadas como “enfermas”, “desviadas”, “trastornadas”, “incapaces”.

Los dos segundos nos hablan claramente de posicionamientos políticos resultados de vivir experiencias continuas de invalidación, sometimiento, violencia e injusticia; el primero se sostiene no como una opinión, sino con la misma contundencia con la que decimos: “biodiversidad”.

*

Para alimentar esta crítica y deconstrucción colectiva sobre “lo normal”, también se halló un término que cada día es más frecuente escucharlo: *neurodivergencia*. Con esta palabra se hace referencia a cualquier forma neurocognitiva y afectiva que diverge, se sale o se desvía de los estándares de “normalidad” hegemónicos. Divergencias en la estructura nerviosa-neuronal, en las formas de captar-procesar-interpretar la información, de percibir-sentir-pensar, etcétera (en tanto que alude al sistema nervioso todo, no solo al cerebro, hablamos también de una disidencia encarnada). Estas divergencias pueden ser genéticas, innatas, adquiridas, permanentes o temporales; y que pueden considerarse discapacidades o no (por ejemplo, la sinestesia no es considerada una discapacidad, el Síndrome de Down sí); discapacitantes o no (la dislexia puede no ser discapacitante, el Trastorno de Estrés Posttraumático sí); o discapacidades dinámicas (como el autismo y la Atención Divergente-Hiperactiva).

Actualmente, el término se ha vaciado políticamente, empleándose en un lenguaje “políticamente correcto” como sinónimo de “trastorno”, “déficit” o “enfermedad mental”. Sin embargo, su sentido original es crítico y se planteó como una denuncia a la ideología de la normalidad disciplinante y capacitista de las sociedades capitalistas-modernas-coloniales. Guarda cercanía (en muchos sentidos, tanto históricos como teóricos y activistas) con otros

términos contranarrativos, como *cuir*, o sexo-disidencias. Por tal motivo, cuando hablo de neurodivergencias —y aquí cobra más sentido la palabra *neurodisidencias*— no lo hago desde una perspectiva médica o clínica, sino en tanto término que nombra identidades políticas.

*

El capacitismo, en tanto lógica de opresión gestada en los marcos del capitalismo y la colonialidad e imbricada con otras opresiones (racismo, especismo, cisheterosexismo, adultocentrismo, cuerdismo, etc.), atraviesa a un sinfín de cuerpos colectivos, discapacitados o no (Lewis, 2022); por lo que, citando a Nick Walker, las divergencias afectivas y neurocognitivas están sujetas a las mismas dinámicas sociales y políticas que otras formas de diferencia (cf. Walker, 2021). En este sentido, desde entrado el siglo XXI —y ahora con una resonancia más fuerte en América Latina— comenzaron a explicitarse palabras, términos y conceptos que se quieren contestatarios. Como decía ayer Luis Reygadas, no en el sentido de invertir jerarquías o inventar supuestos “nuevos supremacismos”, sino de denunciar aquello que durante mucho tiempo ni siquiera se nombró, y cuya posición no-marcada nos decía: “esto es el orden normal y natural de las cosas”.

En su momento, hablar de “heterosexualidad obligatoria” fue revolucionario, porque hacía explícito el lugar silente que ocupaba la heterosexualidad sin necesidad de nombrarse: ella era el orden normal de las cosas, el marco a partir del cual se medía la desviación. Así, hablar de Neurodivergencia, de Neurotipos, de Neurotipicidad Obligatoria, lleva al plano de lo visible/audible el ordenamiento bio-físico-social-afectivo (parafraseando a Iván Ávila) que definió patologizantemente esas divergencias. Lo importante es que, siguiendo a Audre Lorde, son términos que surgen de las propias comunidades de praxis: personas discas y neurodivergentes que activan y que teorizan: “las herramientas del amo no desmantelarán la casa del amo”.

*

Ahora bien, el acercamiento que yo estoy haciendo se ubica en eso que autores como Jonatthan Maldonado han llamado “Antropología Crip/Lisiada”, pero en un enredo con los Estudios Críticos Animales y los Estudios Críticos de la Discapacidad. La investigación que desarrollo actualmente, centrada específicamente en el autismo, no quiere indagar sobre las neurodivergencias en sí mismas. Lo que a mí me importa es hacer un análisis del capacitismo

y su relación con la experiencia vivida de las personas autistas, en este caso. ¿Cómo se vive esta desigualdad?, ¿Con qué otras opresiones se imbrica en sus vidas?, ¿Cómo resisten?, ¿Cuáles son las estrategias de auticuidado?, ¿Qué lugar tienen las redes familiares, autistas, activistas? ¿Cuáles son las experiencias afectivas de los cuerpos autistas?

Crip (de *cripple*), una palabra de origen peyorativo como *Cuir*, fue resignificada por la comunidad a la cual estaba dirigida para insultarle. Y *Crip*, que en contexto mexicano podemos traducir como *Lisiado*, no alude solo a las discapacidades “comunes” en nuestro imaginario (como las motrices, la visual o la auditiva; o aquellas que son “claramente visibles” desde la mirada externa), sino que también aplica para cualquier forma de desviación que hace de ese cuerpo-mente incapaz, o menos capaz. En ese sentido, los cuerpos neurodivergentes son también *crip*/lisiados.

*

Como una *crip*, que habla y analiza estos temas en primera persona, mi práctica antropológica también deviene *crip*/lisiada. Hablar de las opresiones, violencias y desigualdades que me atraviesan, en mi caso, como dicen las hermanas Ko —a quienes cité al inicio—, me obliga a hacerlo desde el cómo-académico. Un cómo que, además, se atraviesa por esa misma neutoripicidad obligatoria.

El pasado 8M se dieron cita contingentes neurodivergentes, con consignas tan potentes como: “No estoy loca, estoy harta”, “El feminismo será accesible o no será”, “Resistencia Neurodivergente”. Lo que he aprendido hasta ahora, a un año de iniciado este proceso investigativo con estudiantes universitarias neurodivergentes —autistas y con el mal llamado TDAH—, es que ya no basta con etiquetar o nombrar las violencias que vivimos. Aunque claro, nombrarlas es fundamental para su exorcismo. Lo que buscamos ahora es, a través de la colaboración, la crítica, y del apoyo mutuo, hacer transformaciones radicales. Porque imaginamos un mundo donde ya no tengamos que seguir resistiendo más, porque ya no será necesario.

Referencias

Ko, Aph & Ko, Syl. (2019). Un-Disciplined: A Conversation Between Two Sisters Who Left Graduate School. En M. C. Whitaker & E. A. Grollman (Eds.), *Counternarratives*

from Women of Color Academics: Bravery, Vulnerability, and Resistance (pp.51-57).
New York: Routledge.

Lewis, Talila. (2022). Working Definition of Ableism - January 2022 Update [entrada de blog]. 1 de enero de 2022. <https://www.talilalewis.com/blog/working-definition-of-ableism-january-2022-update>.

Maldonado Ramírez, Jhonatthan. (2019). *Antropología crip. Cuerpo, discapacidad, cuidado e interdependencia*. México: La Cifra.

Walker, Nick. (2021). *Neuroqueer Heresies: Notes on the Neurodiversity Paradigm, Autistic Empowerment, and Postnormal Possibilities*. Fort Worth: Autonomous Press.